




La balsa de piedra, 14

Fiódor Sologub

Un pequeño demonio

Traducción de
Manuel Abella

 mármara

NOTA DEL TRADUCTOR

De esta novela, cuyo título ruso es *Melkij bes* (*melkij* significa *pequeño* y hasta *diminuto*, en un doble sentido, físico y valorativo; *bes* es *diablo* o *demonio*), conocemos dos versiones españolas previas. La primera se publicó en Austral, en 1926, bajo el título de *El trasgo* y está firmada por Náum Tasin Kagan, pseudónimo de Náum Yakóvlevich Kagan (1874–1941), un personaje que merecería por sí mismo una investigación biográfica. La segunda apareció en 1961, en el tomo IV de la colección *Maestros Rusos*, de la Editorial Planeta, como *El duende*, firmada por María de los Ángeles Bosch. Son ambas versiones muy libres, que eliminan casi la mitad del texto original, además de simplificar drásticamente los pasajes traducidos y proceder a una redistribución del texto y el contenido de los capítulos. Con ello, la obra queda desfigurada.

Curiosamente, los recortes y alteraciones coinciden en las dos versiones, lo cual solo puede explicarse de una de las dos maneras siguientes: O bien los cambios estaban en el texto original manejado por ambas, o bien fue Náum Tasin quien realizó los recortes y demás alteraciones, siendo la segunda versión una mera reescritura de la anterior. Carecemos de datos suficientes para decidir entre estas dos posibilidades, pero contra la primera hay que decir, en primer lugar, que no nos consta que Sologub realizara por sí mismo o autorizara la realización de una versión abreviada, a partir del texto original.

Segundo, que ninguna de las versiones a terceros idiomas que hemos podido consultar* contiene los recortes de la versión española. Tercero, que Náum Tasin era ruso, por lo que resulta poco razonable pensar que haya realizado su versión a partir de un tercer idioma.

En cualquier caso, la presente versión es la primera (hasta donde tenemos noticia), que procede a la traducción de la totalidad del texto original. Se ha realizado confrontando las ediciones rusas más recientes: la publicada por la editorial Booking International, París, 1995, y la de OLMA-PRESS, aparecida en Moscú en 2000. En 2004 apareció una edición crítica a cargo de María Pávlova (Sankt-Peterburg, ed. Naúka), con numerosas notas y variantes textuales. En 1913, con motivo de la séptima edición de la novela (convertida ya en un éxito de ventas y elevada por el poeta Aleksandr Blok a la condición de *clásico* de la literatura rusa), Sologub realizó una serie de correcciones, en algunos casos de cierta entidad. Todas las traducciones posteriores siguen esta versión, que es también la recogida en el presente libro.

Las notas se han reducido a lo esencial y tienen como único objetivo aclarar ciertas alusiones a elementos y aspectos de la cultura rusa (popular y literaria), que

* Es decir: la alemana de Reinhold von Walter: *Der kleine Dämon* (1909), que es literal, fue autorizada por el autor y figuraba en su biblioteca (cf: *Neizdannyyj Fiodor Sologub*, Moskvá, 1997, p. 492); ni la inglesa de John Cournos y Richard Aldington, titulada *The little Demon* (1916); ni la francesa de H. Pernot y L. Stahl, titulada *Le démon mesquin* y publicada en 1922. No hemos podido manejar ejemplares de la edición italiana de Corrado Alvaro, *Il piccolo diavolo*, de 1921.

acaso no sean conocidas para el lector español culto. En el apéndice, traducimos dos poemas del propio Sologub, cuya lectura, creemos, puede contribuir a una mejor comprensión de la obra.

Sobre el contenido, una sola observación: si el lector siente en algún momento la tentación de leer la obra como si se tratase de un cuadro costumbrista, hará bien en recordar lo que le explicaron en su momento (¿en el instituto?), sobre Schopenhauer.

PRÓLOGO DEL AUTOR A LA SEGUNDA EDICIÓN

Comencé la novela *Un pequeño demonio* en 1892, concluyéndola en 1902. Se publicó inicialmente en la revista *Voprosy zhizni* correspondiente al año 1905 (números 6-11), pero sin los últimos capítulos. En forma íntegra, la novela apareció por primera vez en la editorial Shipóvni, en marzo de 1907.

En los juicios impresos y verbales que sobre ella he tenido ocasión de oír, he podido distinguir dos opiniones contrapuestas.

Algunos piensan que el autor es mala persona y ha querido ofrecer su retrato, brindando su propia descripción en el personaje del maestro Peredónov. En un arranque de honestidad, el autor habría renunciado a justificarse o embellecerse en lo más mínimo, trazando así su propio perfil con los rasgos más negros posibles. El motivo que le habría llevado a hacer algo tan desagradable sería recorrer una especie de *via crucis* para, una vez alcanzada la cima del Gólgota, sufrir tormento por algún motivo inconfesable. El resultado habría sido una novela interesante e inocua.

Interesante, porque muestra qué tipo de gente horrible hay en el mundo. Inocua, porque el lector puede decir: Esto no va por mí.

Otros, no tan crueles con el autor, piensan que los rasgos que en la novela se asocian al personaje de Peredónov

constituyen un fenómeno bastante extendido. Hay incluso quienes creen que cualquiera de nosotros, en caso de examinar atentamente su propio interior, descubriría en sí indicios de *peredonovismo*.

De entre estas dos opiniones, me quedo con la que me resulta más favorable, es decir, con la segunda. No me ha hecho falta componer ni idear a partir de mí mismo. Todos los elementos cómicos, prosaicos y psicológicos de mi novela están basados en observaciones precisas, y debo decir que, al elaborarla, he tenido a mi alrededor un buen muestrario, para copiar del natural. Si el trabajo de redacción se prolongó durante tanto tiempo, fue solo por la necesidad de elevar lo fortuito a la condición de necesario, para que allí donde reinaba Aísa, contadora de chistes, llegase a imperar la severa Ananke.

Al ser humano, ciertamente, le gusta que le quieran. Quiere ver reflejados los aspectos más elevados y nobles de su alma. Hasta en los malvados nos agrada descubrir destellos del bien, «una chispa divina», como se decía antiguamente. Por ello, reacciona con incredulidad cuando ante sus ojos se pintan con fidelidad las cosas tal cual son, oscuras, perversas. Se siente la tentación de decir: Habla de sí mismo.

Pues no, queridos contemporáneos. De vosotros, de vosotros trata mi novela sobre el pequeño demonio y su desasosegante criaturilla, sobre Ardalión y Varvara Peredónov, Pável Volodin, Daria, Valeria y Liudmila Rutílov, Alkesandr Pýlnikov y los demás. De vosotros.

Esta novela es un espejo, artísticamente elaborado. Lo he estado puliendo durante mucho tiempo. He trabajado en él a conciencia.

La superficie de mi espejo es lisa, y su composición pura. Ha sido medido muchas veces y probado minuciosamente. No tiene ni la más mínima curvatura.

Lo monstruoso y lo bello se reflejan en él con igual precisión.

Enero de 1908

PRÓLOGO A LA QUINTA EDICIÓN

En algún momento me pareció que la carrera de Peredónov había terminado y que ya no saldría del hospital psiquiátrico en el que lo internaron tras el asesinato de Volodin. Pero en los últimos tiempos han empezado a llegarme rumores de que la enajenación mental de Peredónov resultó transitoria y no le impidió salir libre, después de una temporada. Se trata, por supuesto, de rumores poco dignos de crédito. Si los traigo a colación es porque en nuestros días también pasan cosas inverosímiles. He llegado incluso a leer en un periódico que tengo intención de escribir la segunda parte de *Un pequeño demonio*.

Lo que he oído es que Varvara, de algún modo, se las arregló para convencer a alguien de que Peredónov tenía motivos para hacer lo que hizo, argumentando que Volodin, en más de una ocasión, había pronunciado palabras intolerables y expresado intenciones inadmisibles y que antes de su muerte dijo algo de una desfachatez inaudita, que desencadenó el fatídico desenlace. Con este relato, según me dicen, logró llamar la atención de la princesa Volchánaskaya y esta, que antes había olvidado interceder en favor de Peredónov, empezó a interesarse vivamente por su desgracia.

En cuanto a qué ha sido de nuestro héroe tras su salida del hospital, mis testimonios son confusos y

contradictorios. Unos dicen que ingresó en la policía, siguiendo el consejo de Skucháyev, convirtiéndose en consejero del gobierno civil. Según estas fuentes, habría logrado distinguirse en este cargo, y estaría haciendo una gran carrera.

Otros, en cambio, afirman que quien trabaja en la policía no es Ardalión Borísich, sino otro Peredónov, pariente del nuestro. De Ardalión Borísich declaran que ni pudo ni quiso recuperar la condición de funcionario, sino que comenzó a ejercer de crítico literario. En sus ensayos se pondrían de manifiesto las mismas cualidades que ya antes le distinguían.

Este rumor me parece más inverosímil que el primero.

En cualquier caso, si consigo testimonios más exactos de las actividades ulteriores de Peredónov, prometo dar cuenta cabal de ellas.

Agosto de 1909

DIÁLOGO
(PARA LA SÉPTIMA EDICIÓN)

—Alma mía, ¿por qué estás tan confundida?

—Por el odio que por todas partes rodea al autor de *Un pequeño demonio*. Muchos, muy distintos en todo lo demás, coinciden en esto.

—Acepta resignada la maldad y los reproches.

—¿Pero acaso no es nuestro esfuerzo digno de agradecimiento? ¿De dónde viene este odio?

—Es un odio parecido al miedo. Despiertas sus conciencias con demasiada brusquedad. Hablas demasiado a las claras.

—¿Acaso no aprovecha mi afán de verdad?

—¿Esperas cumplimientos? ¡Esto no es París!

—¡Desde luego que no es París!

—Tú, alma mía, eres una auténtica parisina, un retoño de la civilización europea. Y te has presentado con túnica y leves sandalias en un lugar donde la gente lleva blusas bordadas y botas altas. No te asombre, por tanto, si de vez en cuando una de esas botas de caña pisa tu tierno pie. Su propietario no deja de ser un buen chico.

—¡Pero tan terrible! ¡Tan tosco!

Mayo de 1913

NOTA A LA SÉPTIMA EDICIÓN

Los lectores atentos de mi novela *Humo y ceniza* (cuarta parte de *La leyenda en ciernes*) tienen ya plena constancia de a qué se dedica ahora Ardalión Borísich.

Mayo de 1913

UN PEQUEÑO DEMONIO

Yo quería quemarla, a esa bruja malvada

I

Acabada la misa, los feligreses se dispersaban camino de casa. Otros permanecían dentro del recinto, tras los blancos muros de piedra, conversando bajo los viejos tilos y arces. Iban todos vestidos de fiesta y cruzaban miradas afables. En apariencia, la vida en esta ciudad era plácida y cordial. Incluso alegre. Pero solo en apariencia.

El profesor de instituto Peredónov formaba corrillo con sus conocidos, a los que miraba mohíno, con ojos pequeños e hinchados, tras unas gafas de montura dorada. Decía:

—La propia princesa Volchánskaya se lo prometió a Varia, os lo aseguro. En cuanto te cases con él, le dijo, le consigo un puesto de inspector.

—¡Pero cómo te vas a casar con Varvara Dmítrievna —intervino Falastov, un individuo de cara colorada—, si es tu hermana! ¿Es que han sacado una ley nueva que permite casarse con las hermanas?

Todos se echaron a reír. El rostro de Peredónov, sonrosado y de suyo indiferente, se encrespó:

—¡Prima segunda! —gruñó, proyectando una mirada de enojo más allá de los contertulios.

—Y eso, la princesa, ¿te lo prometió a ti en persona? —preguntó Rutílov, un individuo alto y pálido, que vestía de forma muy atildada.

—A mí no, a Varia —respondió Peredónov.

—¡Y tú vas y te lo crees! —exclamó Rutílov con vivacidad—. Por decir, se puede decir cualquier cosa. ¿Por qué no fuiste tú mismo a ver a la princesa?

—Sí que fuimos, Varia y yo, pero no estaba. Llegamos tarde por cinco minutos —relató Peredónov—, se había ido a su finca, para tres semanas, y yo no podía esperar tanto tiempo. De ninguna manera. Tenía que volver aquí para los exámenes.

—En todo esto hay gato encerrado —repuso Rutílov con una sonrisa, mostrando sus dientes cariados.

Peredónov se quedó pensativo. Los contertulios se separaron. Solo Rutílov continuó a su lado.

—Por supuesto, puedo casarme con la que me dé la gana. No solo tengo a Varvara.

—Desde luego, Ardalión Borísich, contigo se casa cualquiera —asintió Rutílov.

Salieron del jardín y atravesaron lentamente la plaza, que estaba sin pavimentar y cubierta de polvo. Peredónov dijo:

—Pero entonces, ¿qué pasa con la princesa? Si dejo a Varvara se enfadará.

—¡Bah, bah, la princesa! ¡Y qué te importa a ti la princesa! ¡No creo yo que tú y ella vayáis a ser nunca padrinos del mismo gato! —repuso Rutílov—. ¡Que te dé el puesto lo primero! De comprometerte, ya tendrás tiempo. Pero no así, a ciegas...

—Eso es verdad —asintió Peredónov meditabundo.

—Pues díselo a Varvara: Lo primero, el puesto; si no, no me lo creo. Y en cuanto amarres el puesto, te casas con quien te dé la gana. Escoge mejor a una de mis

hermanas, la que más te guste de las tres. Son señoritas educadas, inteligentes, dicho sin halago. Nada que ver con Varvara, que no les llega ni a la suela de los zapatos.

—Bueno... —murmuró Peredónov.

—Las cosas como son. ¿Qué vale tu Varvara? Mira, ¡huele esto!

Rutílov se inclinó, arrancó un lanoso tallo de beleño, lo aplastó con sus hojas y flores blancuzcas y, triturándolo todo con los dedos, lo acercó a la nariz de Peredónov. Este frunció el ceño por el olor desagradable. Rutílov dijo:

—Arrancar y tirar, como tu Varvara. Entre ella y mis hermanas hay dos grandes diferencias. Mis hermanas son señoritas despiertas, vivarachas... Elige la que quieras, no te pesará. Y además son jóvenes. La mayor es tres veces más joven que tu Varvara.

Según su costumbre, Rutílov decía todo esto de forma rápida, animada y sonriente. Aunque era alto y estrecho de pecho, tenía una apariencia quebradiza, de tísico, y bajo su sombrero, nuevo y a la moda, surgía tristemente su pelo rubio y ralo, muy corto.

—¡Tres veces más joven, mira tú! —objetó con desgana Peredónov, quitándose sus gafas doradas para limpiarlas.

—¡Es verdad! —exclamó Rutílov—. No pierdas el tiempo y aprovecha mientras yo viva, porque tienen sus ínfulas, no creas. Luego querrás y será demasiado tarde. Ahora, cualquiera de ellas se casaría contigo con mucho gusto.

—Sí, aquí se enamoran todas de mí —dijo Peredónov con hosca vanidad.

—Pues ya lo ves, aprovecha la ocasión —intentó persuadirle Rutílov.

—Lo que menos me gustaría es que estuviera flaca —dijo Peredónov con acento triste—. La quiero rellenita.

—Pues por eso no te preocupes —repuso Rutílov con vehemencia—. Mis hermanas están ya bien rollizas. Todavía no han terminado de coger peso, pero es solo cuestión de tiempo. En cuanto se casen echarán carnes, como la mayor. Ya ves cómo se ha puesto nuestra Larisa, como una empanada.

—Por mí, me casaría con una —dijo Peredónov—, pero tengo miedo de que Varia monte un escándalo.

—Pues si tienes miedo de un escándalo, ¿sabes lo que debes hacer? —dijo Rutílov con sonrisa maliciosa—: Casarte hoy mismo o mañana. Luego te presentas en tu casa con tu mujer joven... y sanseacabó. Si quieres, te arreglo la boda para mañana por la tarde. ¿Con cuál prefieres casarte?

Peredónov se echó a reír inopinadamente, de forma entrecortada y ruidosa.

—¿De acuerdo, entonces? ¿Trato hecho? —preguntó Rutílov.

De manera igual de repentina, Peredónov dejó de reír y dijo lúgubrementemente, despacio, casi susurrando:

—Me denunciaría, la miserable.

—¿Qué te va a denunciar! ¡No hay nada que denunciar! —intentó persuadirle Rutílov.

—O me envenenaría —susurró asustado Peredónov.

—Tú déjalo en mis manos —repuso excitado Rutílov—. Te lo arreglaré todo de la mejor manera.

—Sin dote no me caso —gritó enfadado Peredónov.

Pero Rutílov no se sorprendió lo más mínimo por el nuevo rumbo que tomaban los pensamientos de

su hosco contertulio. Para todo tenía pronta una respuesta:

—¡Pero hombre!, ¿es que mis hermanas carecen de dote? ¿Hay trato, entonces? Me voy corriendo a arreglarlo todo. Pero eso sí, ¡silencio!, no hay que decirle ni palabra a nadie, ¿me oyes?, a nadie.

Apretó la mano de Peredónov y se alejó apresurado. Este lo miraba en silencio. Le vinieron a la mente las señoritas Rutílov: alegres y burlonas. Un pensamiento impúdico puso en sus labios el remedo sucio de una sonrisa. Duró un instante, luego desapareció. Una vaga inquietud se apoderó de él.

«¿Y qué pasa entonces con la princesa? —pensó—. De esas sacas cuatro perras, pero no influencias, mientras que con Varvara te colocas de inspector. Y más adelante, de director».

Miró a Rutílov, que corría desalado, y con alegría maliciosa se dijo: «Bueno, déjalo que corra».

Esta idea le produjo una satisfacción lánguida, desvaída. Pero estar solo le resultaba incómodo. Se caló el sombrero, frunció sus cejas claras y se dirigió apresuradamente a casa por calles vacías, sin pavimentar.

Alguien le llamó con voz queda y rauda:

—Ardalión Borísich, pase un momento a vernos.

Peredónov alzó unos ojos sombríos y miró irritado hacia el otro lado del cercado. En el jardín, tras el portón, estaba Natalia Afanásievna Vérshina, una mujer pequeña, delgada, de piel oscura, vestida toda de negro, de cejas negras y ojos negros. Fumaba un cigarrillo en una boquilla oscura de cerezo y sonreía ligeramente, como concedora de algo que no se menciona pero resulta

gracioso. Con movimientos ligeros y rápidos, más que con palabras, atrajo a Peredónov a su jardín. Abrió el portón, se echó a un lado, esbozó una sonrisa suplicante pero, a la vez, convencida, al tiempo que hacía un gesto con los brazos:

—Entra, no te quedes ahí.

Y Peredónov entró, obedeciendo a sus movimientos silenciosos y cautivadores. Al instante, sin embargo, se detuvo sobre el sendero de arena, donde atraparon su mirada los trozos de ramas secas. Miró el reloj.

—Es hora de almorzar —murmuró.

Llevaba usando reloj desde hacía mucho tiempo, pero contemplar su gran carcasa de oro le produjo gran satisfacción, como ocurría siempre que estaba con gente. Eran las doce menos veinte. Decidió que podía quedarse un poco. Con gesto lúgubre siguió a Vérshina por los senderos, pasando junto a los arbustos repelados de moras negras y rojas, fresas y grosellas.

El jardín amarilleaba, entre frutos y flores tardías de diversos colores. Rebosaba de árboles, muchos de ellos frutales, también de arbustos. Pequeños manzanos cuajados de ramas, perales de hoja redonda, tilos, cerezos de follaje liso y luminoso, ciruelos, madreelva. En las matas de saúco brillaban las bayas rojas. En torno al cercado brotaba el geranio siberiano, con sus pequeñas flores de color rosa pálido, veteadas de púrpura. Las cabezas de los cardos sobresalían entre las matas. A un lado se alzaba la casa de madera, pequeña, grisácea, de un solo piso, con una amplia terraza que daba al jardín. Parecía agradable y acogedora. Tras ella clareaba una parte del huerto, donde oscilaban la cabezas secas de amapola y los grandes

bonetes blanco-amarillos de la camomila. Los girasoles, a punto ya de ajarse, inclinaban sus testas amarillas. Y entre las útiles dalias se erguían, formando umbelas, las flores blancas del apio de perro y las del alfilerillo, de un tono púrpura desvaído. Florecían los ranúnculos, de un color amarillo claro, y los pequeños euforbios.

—¿Ha estado en misa? —preguntó Vérshina.

—Sí —respondió Peredónov en tono sombrío.

—También Marta acaba de llegar —repuso Vérshina—. Va mucho a la iglesia. Y a mí me hace gracia. ¿A qué va tanto a la iglesia, Marta?, le pregunto. Pero ella se sonroja y no contesta. Pase, nos sentaremos un poco en el cenador —dijo rápidamente, sin transición alguna entre ambos temas.

En mitad del jardín, a la sombra de los anchos arcos, había un viejo cenador gris, alzado sobre tres escalones, con la base cubierta de musgo; paredes pequeñas, seis columnas moldeadas, ventrudas, y un tejadillo hexagonal.

Marta estaba sentada en el cenador, ataviada aún con las ropas de misa. Llevaba puesto un vestido claro, adornado con lacitos, que no le sentaba bien. Las mangas cortas dejaban al descubierto sus brazos finos y rojizos, de manos fuertes y grandes. Hay que reconocer que Marta no era fea. Las pecas no llegaban a afearle el rostro. Podía pasar, incluso, por atractiva. Especialmente entre los suyos, los polacos, de los que aquí vivían no pocos.

Marta liaba cigarrillos para Vérshina. Todo su afán era que Peredónov la mirara y se entusiasmase. En su rostro simple, este deseo se expresaba como una especie de inquietud afable. No se trataba, desde luego, de que Marta estuviera enamorada de Peredónov: Vérshina

quería colocarla, la familia era grande, y Marta deseaba complacer a Vérshina, con la que llevaba viviendo ya varios meses, desde el día en que enterraron al viejo marido de Vérshina; agradecerle lo que hacía por ella y por su hermano, estudiante de secundaria, que también se alojaba aquí.

Vérshina y Peredónov entraron en el cenador. Peredónov saludó a Marta con hosquedad y tomó asiento, eligiendo su lugar de forma tal que una de las columnas le protegía la espalda del viento y sus oídos quedaban a resguardo de las corrientes de aire. Observó las botas amarillas de Marta, con sus pompones rosados, y se dijo que ya estaban otra vez intentando casarle. Era lo que pensaba siempre que una señorita se mostraba amable con él. En Marta no veía más que defectos: demasiadas pecas, manos grandes de piel tosca. Sabía que su padre, miembro de la nobleza polaca, tenía en arriendo una pequeña finca, a unas seis verstas de la ciudad. Pocos ingresos y muchos hijos. Marta había terminado la educación secundaria femenina y el chico hacía el bachillerato. Los demás críos eran todavía pequeños.

—¿Me permite usted que le sirva cerveza? —preguntó rápidamente Vérshina.

Sobre la mesa había vasos, dos botellas de cerveza, azúcar molido en una cajita de latón, y una cucharilla de Maillot-Chorier con restos de cerveza.

—Sí, contestó secamente Peredónov.

Vérshina dirigió una mirada a Marta. Esta llenó un vaso y se lo pasó a su invitado, mientras en su rostro se dibujaba una extraña sonrisa, entre asustada y alegre. A toda prisa, comiéndose las palabras, Vérshina dijo:

—Póngale azúcar a la cerveza.

Marta acercó a Peredónov la lata del azúcar, pero él replicó con fastidio:

—No, azúcar no, ¡qué asco!

—¿Qué dice usted, si así está muy rica? —Replicó Vérshina con voz monótona y rápida.

—Sí, muy rica —dijo Marta.

—¡Qué asco! —repitió Peredónov, mirando con enojo el azúcar.

—Como quiera —repuso Vérshina. Y con la misma voz, sin pausa ni transición, pasó a hablar de otra cosa—: Cherepnin me tiene harta —dijo echándose a reír.

Marta empezó también a reír. Peredónov las observaba con indiferencia. La verdad es que los asuntos de los demás no le interesaban en absoluto. No le gustaba la gente, solo pensaba en otros en relación con sus propias ventajas y conveniencias. Vérshina frunció una sonrisa autocomplaciente y dijo:

—Se cree que me voy a casar con él.

—Es terriblemente insolente —dijo Marta. No porque lo pensase, sino por afán de complacer y halagar a Vérshina.

—Ayer nos estuvo observando desde la ventana —contó Vérshina—. Se metió en el jardín, mientras cenábamos. Había un cubo bajo la ventana. Lo habíamos puesto para la lluvia y estaba lleno. Tenía una tabla encima, así que el agua no se veía. Bueno, pues se encaramó al cubo y se puso a mirar por la ventana. Y nosotras con la lámpara encendida, figúrese: Él nos veía a nosotras, pero nosotras a él no. De repente oímos un ruido. Primero nos asustamos, luego salimos corriendo. Era él,

que se había caído al agua. Pero se las arregló para salir antes de que llegásemos nosotras y se alejó, empapado, dejando por el sendero un rastro de agua. Lo vimos por detrás, pero lo reconocimos.

Marta reía con una risa fina, alegre, como ríen los niños bien educados. Vérshina contaba todo de forma rápida y monótona, a borbotones —según reconocía ella misma—, pero de repente enmudeció y, tomando asiento, frunció una sonrisa en la comisura de los labios. Con ello, su rostro moreno y enjuto se cubrió de arrugas y asomaron sus dientes, amarillos de tanto fumar. Peredónov se quedó un rato pensativo; luego soltó una carcajada. Siempre tardaba un tiempo en responder a lo que le resultaba divertido; sus impresiones eran lentas y torpes.

Vérshina fumaba un cigarrillo tras otro. No podía vivir sin el humo del tabaco rondando su nariz.

—Pronto seremos vecinos —anunció Peredónov.

Vérshina dirigió a Marta una mirada fugaz. Esta se sonrojó levemente, miró a Peredónov con medrosa expectación y acto seguido volvió los ojos hacia el jardín.

—¿Se muda? —preguntó Vérshina—. ¿Y eso?

—Estoy lejos del instituto —explicó Peredónov.

Vérshina sonrió con incredulidad. «Lo que pasa —pensó—, es que quiere estar más cerca de Marta».

—¡Pero si lleva usted viviendo allí desde hace mucho! —dijo.

—Además, la casera es una miserable —añadió enojado Peredónov.

—¿Y eso? —preguntó Vérshina con incredulidad, frunciendo una sonrisa torcida.

Peredónov se animó un poco.

—Ha puesto nuevos papeles pintados, pero ha quedado todo fatal —dijo—. No pegan entre sí. De repente, en el comedor, encima de la puerta, aparece otro dibujo. Toda la habitación tiene arabescos y florecitas, pero sobre la puerta hay rayas y claveles. Y el color tampoco es el mismo. Nosotros no nos dábamos cuenta, pero Falastov entró y se echó a reír. Y todo el mundo se ríe.

—¡Qué poca vergüenza! —convino Vérshina.

—Ahora, eso sí, no le decimos que nos vamos a ir —dijo Peredónov, bajando un poco el tono de voz—. En cuanto tengamos un apartamento nos marchamos, pero a ella no le vamos a decir nada.

—Por supuesto —repuso Vérshina.

—Si no, menudo escándalo —dijo Peredónov, al tiempo que en sus ojos se reflejaba una inquietud cobarde—. Ni tampoco le voy a pagar el mes, por la guarrería esa.

Peredónov soltó una carcajada de regocijo, pensando que se largaría sin pagar el apartamento.

—Demandará el dinero —repuso Vérshina.

—Por mí puede pedir lo que quiera, porque no se lo voy a dar —repuso Peredónov enojado—. Hemos estado de viaje en San Petersburgo, así que durante ese tiempo no hemos usado el apartamento.

—Ya, pero el apartamento estaba a su nombre —replicó Vérshina.

—¡Y qué! Ella tenía que hacer reformas. ¿Acaso estamos obligados a pagar por un tiempo en el que no se puede vivir? Y lo principal es que es una insolente.

—Bueno, pero si la casera se muestra insolente es porque la... prima de usted tiene demasiado carácter —repuso Vérshina, con un ligero tropiezo en la palabra *prima*.

Peredónov frunció el ceño. Sus ojos somnolientos se alzaron en una mirada inexpresiva. Vérshina había empezado a hablar de otra cosa. Peredónov sacó del bolsillo un caramelo, le quitó el envoltorio y empezó a mastcarlo. Su mirada se topó con Marta y dio en pensar que estaba envidiosa, que también ella quería un caramelo.

«¿Le ofrezco o no? —pensó Peredónov—. No lo merece. De todos modos, mejor se lo doy, no vayan a pensar que me duele desprenderme de uno. Tengo muchos, los bolsillos llenos».

Y sacó un puñado de caramelos.

—¡Tomen! —dijo, ofreciendo los dulces primero a Vérshina y luego a Marta—, caramelos buenos, de los caros. De a treinta copecs la libra.

Cogieron uno cada una. Él dijo:

—¡Pero cojan más! Tengo muchos. Y son buenos. Yo de lo malo no como.

—Muchas gracias, pero ya no quiero más —repuso Vérshina, con voz rauda e inexpresiva.

Y las mismas palabras, tras ella, repitió Marta, pero de una forma un tanto indecisa. Peredónov miró a Marta con incredulidad y dijo:

—¡Cómo no a va querer! ¡Ande, coja!

Y tomando para sí uno de los caramelos del puñado, puso los demás delante de Marta. Esta sonrió en silencio e inclinó la cabeza.

«¡Malcriada! —pensó Peredónov—, no sabe dar las gracias correctamente».

Con Marta no sabía de qué hablar. La muchacha no despertaba su curiosidad. Lo mismo le sucedía con todo lo que no podía calibrar en términos de agrado o repulsión.

Lo que quedaba de cerveza se sirvió en el vaso de Peredónov.

Vérshina miró a Marta.

—Ahora traigo más —dijo esta.

Había adivinado lo que quería Vérshina sin necesidad de palabras.

—Envíe a Vladia, está en el jardín —repuso Vérshina.

—¡Vladislav! —gritó Marta.

—¡Voy! —contestó el muchacho, tan cerca y tan deprisa como si hubiera estado escuchando.

—Trae cerveza, dos botellas —dijo Marta—, están en el arca del recibidor.

Al poco rato, Vladislav regresó al cenador y, sin hacer ruido, pasó a Marta la cerveza por la ventana y saludó con una reverencia a Peredónov.

—¡Muy buenas! —respondió Peredónov con ceño fruncido—. ¿Cuántas botellas de cerveza se ha despachado usted hoy?

Vladislav esbozó una sonrisa forzada y respondió:

—No bebo cerveza.

Era un muchacho de unos catorce años, pecoso como su hermana y de movimientos torpes y pesados. Llevaba puesta una blusa de lino crudo.

Marta susurró algo a su hermano. Ambos se echaron a reír. Peredónov los miró con suspicacia. Cuando alguien se reía en su presencia y no sabía de qué, no podía evitar pensar que se burlaban de él. Vérshina se inquietó. Cuando estaba ya a punto de dirigirse a Marta, para reconvenirla, fue el propio Peredónov quien preguntó con voz aviesa:

—¿De qué os reís?

Marta se volvió hacia él sobresaltada, sin saber qué responder. Vladislav sonreía, mirando a Peredónov, y enrojeció levemente.

—Esto es una descortesía, con invitados —repuso Peredónov—. ¿Os estáis riendo de mí?

Marta se ruborizó. Vladislav sintió miedo.

—Perdone. No tiene nada que ver con usted. Es una cosa nuestra.

—¡Vaya, conque un secretito! —repuso encolerizado Peredónov—. Cuando hay invitados, es una descortesía ponerse a contar secretitos.

—No es un secretito —repuso Marta—, lo que pasa es que Vladia está descalzo y no puede entrar aquí, le da apuro.

Peredónov se tranquilizó y empezó a mofarse de Vladia. Luego le dio un caramelo.

—Marta, traiga mi pañuelo negro —dijo Vérshina—, y pase a la cocina a echar un ojo a la empanada.

Marta se fue, obediente. Comprendió que Vérshina deseaba hablar a solas con Peredónov. Y perezosa como era, se sintió feliz, sabiendo que no había prisa.

—¡Y tú fuera de aquí! —le dijo a Vladia—, la cosa no va contigo.

Vladia echó a correr, haciendo crujir la arena bajo sus pies. Vérshina dirigió a Peredónov una mirada fugaz y precavida, de refilón, entre el humo que ella misma dejaba escapar todo el rato. Peredónov permanecía sentado en silencio, mirando frente a sí con mirada turbia, mascando su caramelo. Le agradaba que se hubieran ido, no fuera a ser que se echaran de nuevo a reír. Sabía perfectamente que no se habían reído de él, pero seguía

irritado, del mismo modo que, después de rozar una ortiga, el dolor perdura durante mucho tiempo e incluso aumenta, por más que la ortiga ya no esté.

—¿Por qué no se casa usted? —preguntó Vérshina de sopetón, con su hablar raudo y apretado—. ¿Qué está usted esperando, Ardalión Borísich? Su Varvara no es partido para usted. Discúlpeme si soy demasiado franca.

Peredónov se pasó la mano por los cabellos, que eran de color castaño y ligeramente desgreñados, y en un tono solemne y sombrío declaró:

—Aquí, para mí, no hay partido.

—No diga eso —replicó Vérshina con su sonrisa atravesada—. Aquí las hay mucho mejores que ella. Y cualquiera se casaría con usted.

Sacudió la ceniza del cigarrillo con un movimiento energético, como añadiendo un signo de exclamación a lo dicho.

—Bueno, no se trata de casarse con cualquiera —contestó Peredónov.

—No estamos hablando de cualquiera —repuso rápidamente Vérshina—. Me consta que a usted no le importa la dote, siempre que se trate de una buena chica. Ya gana usted lo suficiente, gracias a Dios.

—No —repuso Peredónov—, me trae más a cuenta casarme con Varvara. La princesa le ha prometido su protección. Me dará un buen puesto —añadió, con sombría animación.

Vérshina sonrió ligeramente. Su rostro, arrugado y oscuro, como curado por el humo del tabaco, expresaba una incredulidad condescendiente. Preguntó:

—¿Y se lo ha dicho a usted ella misma, la princesa?

Haciendo hincapié en la expresión *a usted*.

—A mí no, a Varvara —confesó Peredónov—, pero para el caso es lo mismo.

—Me parece a mí que se fía usted demasiado de la palabra de su prima —repuso Vérshina con maldad—. Pero, dígame, ¿es mucho mayor que usted? ¿Unos quince años? ¿Más? Porque debe rondar los cincuenta.

—¡Qué dice! —replicó Peredónov enojado—, si aún no ha cumplido los treinta.

Vérshina sonrió.

—¡No me diga! —exclamó, con un matiz de burla no disimulado en su voz—. Pues parece bastante mayor. Desde luego, no es asunto mío, pero es una lástima que un joven de sus prendas no viva en consonancia con su atractivo y dotes intelectuales.

Peredónov rebosaba autosatisfacción. Sin embargo, en su rostro rubicundo no llegó a cuajar la sonrisa. Daba la impresión, más bien, de lamentar que no todos le entendiesen tan bien como Vérshina. Esta continuó:

—Usted llegará lejos, incluso sin protectores. A la administración no se le pasará por alto lo que vale. ¡Cómo va a conformarse usted con Varvara! Ni tampoco puede casarse con una de las hermanas Rutílov, que son unas casquivanas. Usted necesita una esposa más seria. Tendría que quedarse con mi Marta.

Peredónov miró su reloj.

—Es hora de irse a casa —dijo, y empezó a despedirse.

Vérshina estaba convencida de que Peredónov se iba porque ella le había dado en el punto débil y que solo la indecisión le impedía hablar sobre Marta.